

Plataformas escalares de Manuel Marín

Salvador Gallardo Cabrera

A partir del proyecto sobre las metamorfosis de Ovidio (2004), que reunió trabajos de 90 artistas dispuestos en un formato intercambiable capaz de permutarse, metamorfoseando una imagen al relacionarla con otras, Manuel Marín ha venido construyendo un arte de ex-

ploración sustentado en plataformas escalares y moduladores de variación perpetua.

Plataformas abovedadas o episódicas, extensas como el sueño de Endimión o cortadas con el filo de una escala minúscula, casi imperceptible, que nos sitúa en



Manuel Marín

otra zona, en otro espacio, como puede ser el espacio de un libro con el que Marín crea efectos de resonancia o de dispersión con relación a sus dibujos.

Plataformas para hacer circular una obsesión al lado de una disciplina, por años, hasta que resulta posible estabilizar esa circulación infinita en un arreglo casi inmóvil: una figura, se podría decir un retrato, dirigido hacia nosotros y colocado en un sobre-primer-plano recortado no más allá del busto o del cuello, figura que permite *regir* la imagen de un segundo plano indescifrable: un sueño.

Moduladores que pueden incluir series abiertas o cerradas de dibujos, que se tocan, se traslapan, se ignoran, se cruzan o se desbordan, se imantan y se repelen, como las que ha dedicado a *El cementerio marino*, de Valéry, y al *Canto a un dios mineral*, de Cuesta (Cementerio mineral, exposición individual realizada con motivo del ingreso de Manuel Marín a la Academia de las Artes, expuesta actualmente en la Fundación Sebastian).

Plataformas donde el pintor-escritor se deleita haciendo listas de sueños, y moduladores que aspiran a borrarse a sí mismos, a retrotraerse a un no lugar, como un objeto oscuro: Tzompantli Mayor, una hilera de 600 calaveras de madera, metal y papel, atravesadas por gestos de vida. Y las *Formas en extinción*, icebergs conectados a un modulador musical que se rebobina a cada lectura (<http://www.plataformaiceberg.com/formasenextincion.swf>).

Plataformas para la persecución de los puntos de inflexión que pintores y escritores han creado desde el mito o los juegos, y plataformas de erudición siempre al servicio de una idea viva, tensa.

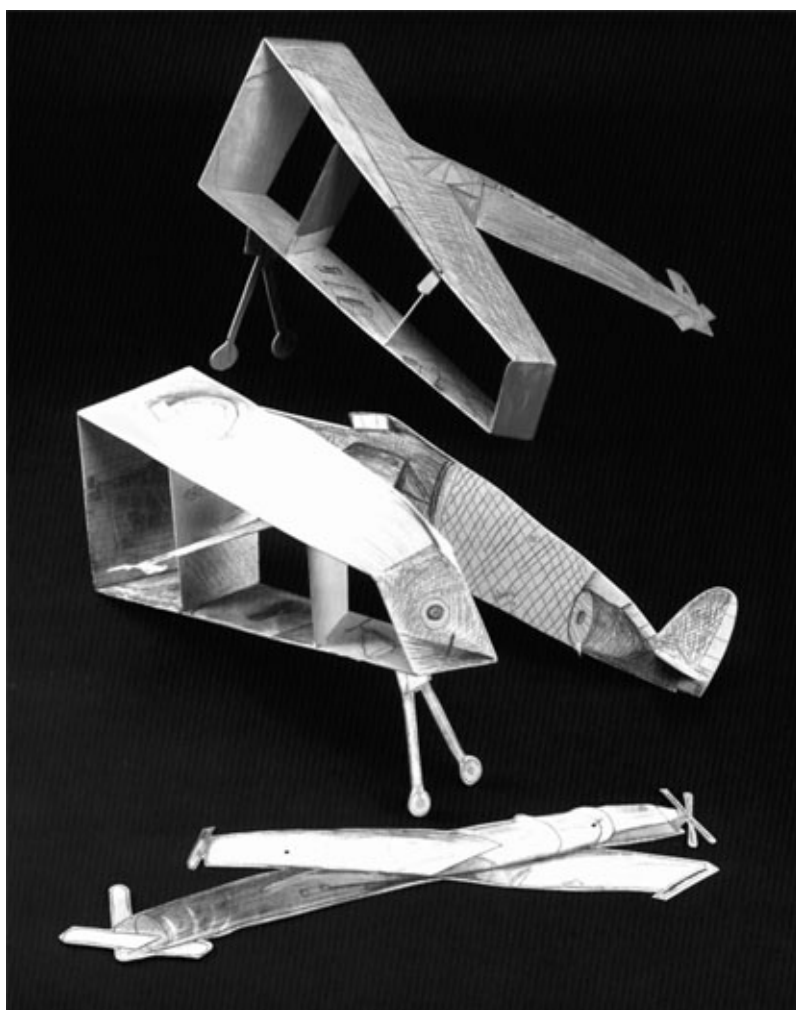
Plataformas de despegue poético o filosófico, como aquellas que tratan del deseo o de la cualidad de los objetos. Y también las mitoficciones, ese género inventado por Manuel Marín, que se distingue tanto de la mitología como de las mistificaciones y de los relatos de ficción por su gradiente de verosimilitud en desmarcarse permanente. Las hipótesis pictóricas se siguen exhaustivamente, pero no para consolidar un saber, sino para abrir un espacio narrativo o crear un vínculo nuevo al costado del saber canónico. Las variaciones no se detienen; no buscan cristalizar tal o cual hallazgo o una determinada investigación.

Moduladores de obras pictóricas hendidos por el relámpago de la imaginación venturosa, de la sintaxis que arriesga, del vínculo sorpresivo, en muy pequeños formatos, que van escalando hasta resolver grandes retablos, configurando juegos permutables de 240 escenas que, en su intercambio, pasan del día a la noche, como en *Endimión en Latmos* (2006).

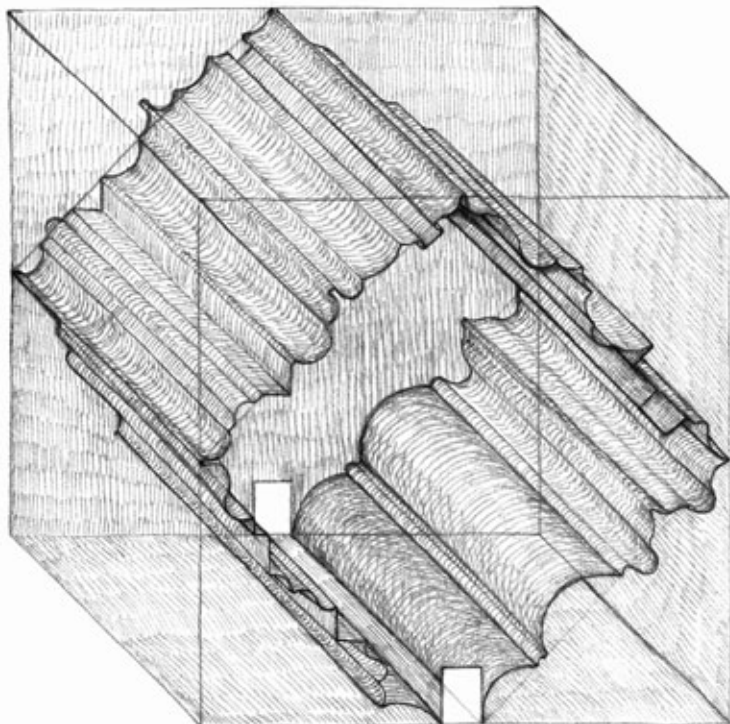
Las obras pictóricas, ensambladas como retablos, se suman, se yuxtaponen en arreglos variables, permutables, cambian fases narrativas y sustituyen escalas. Los

dibujos son piezas independientes, pero conectadas por la variación perpetua. “El lápiz cansa, pero es puro”, escribió Manuel Marín. Sus dibujos se entretajan en sus pinturas y esculturas, también en sus libros. Abren nuevas dimensiones, otras geometrías, diferentes trayectos y métodos. Marín ha dibujado lo rugoso, las muescas entre los espacios, las membranas y envolturas de los seres y de las cosas, los derrames de los sueños, las estructuras sin contorno del mar y los estratos móviles minerales. Ha sobreescrito con dibujos planos huecos y ha borrado con dibujos planos saturados.

Muchos artistas plásticos han escrito —aunque me parece que cada vez lo hacen menos tal vez porque casi siempre hay un curador colocando textos entre las obras y las personas que hacen trayectos en una exposición—. Pero muy pocos han escrito una obra que se cumple literariamente en sí misma, que no busca explicar tal o cual toma de posición, o defender una escuela, o argumentar desde una teoría. *Endimión* (Petra ediciones, 2012), por ejemplo, es un libro que se sostiene literariamente sin tener que recurrir al expediente del libro escrito por un pintor. En ocasiones, me recuerda la fuerza expresiva del Doctor Atl, ese otro gran escritor. Manuel Marín ha creado una mitoficción de gran interés literario; un libro complejo, escrito con gracia y fuerza, que frente a un mito travestido mil y una veces sabe crear nuevas ondulaciones.



Manuel Marín, *Aviones*



Manuel Marín, *Canto a un dios mineral*

